

DESPEDIDA A ISABEL RAMÍREZ

Juan Arana. Universidad de Sevilla

Es cruel y paradójico que un profesor tenga que escribir la nota necrológica de quien se contó en sus alumnos. El orden natural de las cosas hubiera preferido la situación inversa. Sin embargo, como en algún lugar dice Borges, la realidad carece de escrúpulos literarios: se permite todas las libertades... Y así se ha dado el caso de que, tras enterrar hace pocos años al que fue su marido, Manolo, tengamos que lamentar ahora la desaparición de Isabel, una de las personas más admirables y queridas que han pasado por las aulas de la Facultad de Filosofía de la Hispalense. Persona de talla poco común, ha dado una lección de coraje a todos los que la conocimos y soportado con entereza un abrumador catálogo de padecimientos. A lo cual ha sabido añadir una sorprendente habilidad para disfrutar las buenas cosas de la vida, que abundan incluso en existencias tan probadas como la suya.

Veo que esta inconexa semblanza ha adquirido muy pronto un tono hagiográfico, pero no lo lamento, pues en verdad creo que Isabel, mujer de recia fe religiosa, supo hacer justicia a la vocación de alcanzar la santidad personal no a costa sino por medio de su propia felicidad y a través de un esfuerzo constante en pro de la dicha ajena. Pero no voy a competir a la hora de recordar sus virtudes y hechos con los muchos que la conocieron mejor que yo. Tan sólo rescataré tres o cuatro momentos de su biografía, momentos que presencié y que han dejado en mi memoria (que no es nada del otro mundo) huellas indelebles.

El primer episodio se remonta al año en que terminó la carrera, hacia 1980. Recuerdo que vino a mi despacho entre mayo y junio para comentar algo que he olvidado. La anécdota se ha desdibujado, pero en cambio es muy viva la impresión que me produjo su ilusión y lozanía. Estaba llena de entusiasmo por la filosofía y por la vida; Manolo y ella acababan de saber que se les abrían las puertas para trabajar en la Facultad (tenían los mejores expedientes de nuestra primera promoción de licenciados); los dos iban a unirse ante Dios y ante los hombres para afrontar juntos los desafíos vitales, cualquiera que fuera su signo... Era fácil contagiarse de sus ganas de no dejar piedra sin remover, de su avidez por derrochar con generosidad las energías de la juventud y realizar un montón de cosas grandes y buenas... Sentí que la pareja recién fichada nos devolvería con creces cualquier beneficio que hubiera recibido de nosotros, que sacudiría muchas telarañas, que introduciría un espíritu de sana emulación dentro de un colectivo que ya empezaba a mostrar cierta tendencia a empantanarse en problemas de escasa envergadura...

Pocas semanas después tuvo lugar la cena de fin de carrera, a la que asistimos el cuerpo docente en pleno —aquéllos eran otros tiempos—. Isabel demostró entonces que, si era la primera a la hora del trabajar, tampoco se quedaba atrás cuando tocaba el jolgorio. En el fin de fiesta repartió a cada

profesor una caricatura de su mano con una letrilla alusiva. Todavía conservo la mía:

«De Aristóteles a Newton
y de Descartes a Planck,
dirán las generaciones:
¡qué bien lo ha hecho este hombre!
Ahora —¡cachis en la mar!—
tendremos más que estudiar.»

El colectivo académico es proclive a celillos profesionales y envidiejas cicateras: que si tu despacho es más grande que el mío, que si me has robado una idea, un becarío, una silla... ¡Peste de enanismo mental! Los alemanes dicen que Dios derrochó sabiduría y poder a la hora de crear *der Professor*, pero lo compensó haciendo que surgiera a la vez *der Kollege*. Sin embargo, no tiene que resultar así siempre. Isabel fue un ejemplo vivo de que la propia satisfacción puede encontrar bases mucho más firmes que el simple pisoteo de las pretensiones del vecino. Se alegraba sin reticencia alguna de estar rodeada de personas que pudieran merecer su admiración y apoyo. Diría incluso que encontraba cosas que admirar y apoyar donde no era nada obvio conseguirlo. Con desenfado y sin darse importancia animaba a que cada cual sacara adelante lo mejor de sí. Al tiempo, ella y Manolo impulsaban sin agobios sus carreras, sin descuidar ninguna de sus vertientes: investigación, docencia, gestión, intercambio académico... Si hubiera que destacar alguna, yo elegiría la *tutorial*: los despachos de los dos se convirtieron en punto de encuentro para la consulta, la confianza, la búsqueda de ánimo y consejo. Aquella labor de acogimiento no terminaba en el recinto universitario, sino que se prolongaba de manera natural en su domicilio particular, que pronto se convirtió en el «hogar del filósofo». Profesores, alumnos y postgraduados encontraron allí el ambiente propicio para abrir el corazón, vaciar el alma de penas, reencontrar ilusiones perdidas, reforzar motivaciones languidecientes... Manolo e Isabel supieron ejercer de buenos samaritanos en innumerables ocasiones, y en la ayuda al prójimo encontraron la fuerza para sobrellevar sus propios quebrantos. Porque éstos no dejaron de presentarse: el hijo que no llegó, la adopción que del modo más injusto e incomprensible les fue negada, la poca comprensión y apoyo de algunos colegas (el dicho alemán no carece después de todo de cierta base)... Isabel y Manolo tuvieron que vivir en calidad de *eslabón más débil* (desde el punto de vista de la jerarquía universitaria) los tiempos más turbulentos que atravesó la Facultad de Filosofía en toda su historia. Sólo por su grandeza humana y excelencia profesional consiguieron salir adelante a pesar de todo. Y además sin perder el buen humor: el de Manolo no dejaba de estar sazonado con notas de negro pesimismo y vitriólica ironía; el de Isabel nacía de la simple grandeza de alma, pues no encontraba dentro de la suya indicios para sospechar estrechez en ninguna otra.

Por otra parte, nunca faltó a ninguno de los dos el afán aventurero. Al igual que se arriesgaban a abrirse a los demás, emprendían valerosamente los más insospechados periplos, que hubieran desanimado a quien no padeciera las limitaciones físicas de Manolo. Retengo como otro de los momentos estelares de nuestra relación un encuentro en la terraza del Hotel Stanley de Nairobi: ella, Manolo, Jacinto, Marita y yo habíamos desembarcado allí con el motivo —por no decir que con el pretexto— de un Congreso Mundial de Filosofía. Sin acordarnos apenas de nuestras ponencias, nos sentíamos exploradores de lo ignoto: únicamente hablamos de guepardos y jirafas, restaurantes donde ofrecían filetes de cocodrilo, carreteras embarradas y enormes lagartos en los aledaños de los *lodges*: ¡qué buena salsa para acompañar un guiso de juicios sintéticos a priori, círculos hermenéuticos o criterios de demarcación! No nos hacía falta ser fieros cazadores ni potentes creadores de sistemas para sentirnos absolutamente felices, porque sabíamos —Isabel la primera— que la exclusividad y la prepotencia eran del todo prescindibles para que nuestros descubrimientos geográficos, filosóficos y —en definitiva— humanos fueran *genuinos*.

Con el tiempo pudimos celebrar la superación de todas las contrariedades y la feliz obtención del rango de Profesor Titular tanto de Manolo como de Isabel. También sufrimos con dolor (pero a la vez con la entereza que sabían infundirnos) los interminables problemas de salud que les salieron al paso. En cierta ocasión visitó Sevilla el profesor Rafael Alvira y se mostró interesado en saludar al matrimonio. Isabel estaba ingresada porque le acababan de extirpar un riñón (a causa no sólo de padecimientos «naturales», sino en parte como consecuencia de una desafortunada acción terapéutica). La visitamos en el hospital, sin que los dolores y la rabia de sufrir por causa de un error ajeno hubieran dejado en su omnipresente sonrisa un gesto de amargura. Estaba tan alegre y llena de proyectos como siempre. Unos años después, al volver de un viaje a México, Marita me comunicó la trágica noticia de la muerte de Manolo. La impresión más viva que me ha quedado de aquel suceso fue el acto de homenaje que se celebró poco más tarde en la Facultad. Isabel se encargó de cerrarlo y a todos nos maravilló su canto de amor al compañero desaparecido y de fe en la plenitud de aquella vida truncada, canto que ni siquiera improvisó porque, aun no teniendo delante papel alguno, le salió de lo más hondo. Su corazón, partido por la mitad, seguía latiendo con más fuerza que nunca. Y bien que la necesitaría luego. Sola y a la vez acompañada del ausente recorrió el largo camino que aún tenía por delante. Aquí habría mucho que contar, pero sólo añadiré una anécdota. Hace un año o así le llamé por teléfono. «Isabel, ¿cómo estás?» «¡Bien, bien! Pero los del hospital me han hecho una faena. Han pasado la quimioterapia del viernes al martes, y el miércoles tengo billetes para viajar a Laponia con mi sobrina. ¡Le hace tanta ilusión! Pero, claro, después de cada sesión necesito tres o cuatro días para reponerme...» Quedé pasmado de lo que me contaba y no supe qué decir. Al cabo de un mes volví a hablar con ella: «¿Cómo te ha ido, Isabel?» «¡Estupendo, estupendo! Viajamos en trineo, vimos manadas de renos, auroras boreales...» «¿Y

la quimioterapia?» «¡Oh, sí! Me la pusieron el día anterior, pero prácticamente no tuve reacción. La semana que viene me dan otro chute...»

¿Quién necesita indagar el sentido de la existencia después de haber tenido amigos como Isabel? Como se supone dijo Aristóteles, *el movimiento se demuestra andando*.